



Clara Zetkin

***Las batallas
revolucionarias
de Alemania***

**En memoria de Rosa Luxemburg,
Karl Liebknecht, Leo Jogiches,
Eugen Leviné, Franz Mehring y los
valerosos caídos en 1919**



Alejandría Proletaria
Biblioteca del pensamiento revolucionario



germinal_1917@yahoo.es

Valencia, febrero de 2022

Versión al castellano de Vicent Blat desde: Clara Zetkin, *Les batailles révolutionnaires de l'Allemagne*, París, Bibliothèque Communiste, 1920

Índice

Introducción	3
Las batallas revolucionarias de Alemania	4
<i>Las jornadas de marzo en Berlín</i>	6
<i>La república soviética de Múnich</i>	7
<i>Desarrollo ulterior de la lucha</i>	10
<i>Resultado de las batallas revolucionarias</i>	12
<i>Importancia de la tradición revolucionaria</i>	13
<i>Los que cayeron por la revolución</i>	15

Introducción

El 11 de enero de 1920 fue el primer aniversario del día fatal en que manos enemigas arrancaron de nuestro seno a Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, que pagaron con su vida su lealtad al socialismo y a la revolución. Cayeron por la causa a la que sirvieron toda su vida; no cayeron en el fragor de la batalla, bajo los golpes de adversarios valientes y caballerosos, arriesgando sus propias vidas en la lucha. Prisioneros indefensos, fueron víctimas de la camarilla militar. Fueron asesinados cobardemente, a traición, por infames verdugos galoneados. Para colmo, la recompensa prometida por cada uno de ellos era tan grande como el fanatismo del odio. Esto lo demuestra el hecho de que los asesinos encontraron, en verdad, la fuerza suficiente para llevar a cabo su siniestra tarea y luego festejar su realización en una abominable orgía, pero no tuvieron el valor de asumir la responsabilidad por su crimen: los escandalosos juicios de Rung-Vogel y Marloh y el escandaloso caso de Sklaretki, que aún no ha sido sometido a examen judicial, hablan con la suficiente elocuencia para dejar claro que esta combinación ventajosa de consideraciones políticas y cálculos de intereses constituye el sucio terreno sobre el que crecieron los repugnantes crímenes cuyas víctimas fueron Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Léo Jogiches y tantos otros luchadores de vanguardia de la revolución proletaria.

Esta combinación de motivación política y lucro tiene un significado especial. Muestra, sin duda alguna, a qué grado de descomposición ha llegado la sociedad burguesa. La elevación del asesinato cometido a traición, por asesinos mercenarios, al nivel de un método tolerado de lucha política; la impotencia, la tolerancia benévola y quizás la ayuda secreta del gobierno; la ruidosa aprobación del crimen por las esferas poseedoras y reinantes; la absolución de los asesinos, todo esto en conjunto representa un síntoma indiscutible de la decadencia absoluta en el campo de la política, la moral y el derecho, de la sociedad que todos los Ebert, Scheidemann, Bauer y David, en estrecha alianza de espíritu con los Ertzberger, Dernburg y Stinnes, tan encarnizadamente defienden. Al recurrir a métodos repulsivos de baja moral y cobardía, con el único objetivo de evitar una lucha abierta y honesta con su implacable enemigo, la sociedad burguesa demuestra, a pesar suyo, que está madura para la caída, que su desaparición es necesaria en interés de la moral pública, así como en interés de la comunidad. La mano asesina quiso imponer el silencio para siempre a los líderes cuyas palabras acusadoras llamaron a las masas a la lucha: Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht y otros luchadores que compartieron su destino. Pero la obra por la que trabajaron con absoluta fidelidad sigue viva, y la propia muerte de estos valientes asesinados le ha dado otra vida. Los asesinos de nuestros queridos desaparecidos viven, viven cómoda y alegremente, pero el trabajo al que se vendieron porta en sí las semillas de una muerte segura. Y debe morir. La Némesis de la historia no sufre cuando la gente se ríe de ella. La vanguardia revolucionaria del proletariado alemán no debe olvidar esto ni un solo instante. En la acción, en la lucha de esta vanguardia, la vida de estos muertos debe prolongarse mientras no se alcance la meta que nos une con lazos más fuertes que la muerte: la sociedad comunista, en amor a la cual vivieron y murieron todas las víctimas de la contrarrevolución.

Las batallas revolucionarias de Alemania

Es el comienzo de enero de 1919. Apenas han pasado dos meses desde la revolución de noviembre. Como los comunistas han subrayado constantemente, cada día se hace más evidente que la lucha se libra no por cualquier particularidad de la revolución, sino por la revolución en su totalidad, por su naturaleza, su programa, su objetivo. Reforma burguesa o revolución proletaria, esa es la cuestión. En otras palabras: nueva forma de gobierno o nuevo régimen, desarrollo completo del dominio de la burguesía por medio de la democracia burguesa y, en consecuencia, la subsiguiente existencia de la sociedad capitalista, o dictadura de la clase proletaria, realizable por el régimen soviético, y el establecimiento del socialismo. Cada vez es más cierto que la socialdemocracia mayoritaria y su hermana gemela, la burocracia sindical, continúan vergonzosa pero sistemáticamente la obra iniciada el 4 de agosto de 1914, en condiciones igualmente vergonzosas y sistemáticas: traición al socialismo, paso al campo del capitalismo, desvío del torrente revolucionario desatado hacia los estrechos canales en las aguas pacíficas de una reforma conveniente, en cuya realización participarán con satisfacción la burguesía y la casta militar. Esta es la meta de sus ambiciosos sueños, sueños dignos de esclavos que ni siquiera se atreven a pensar en su libertad.

El gobierno de Ebert-Scheidemann-Landsberg, temblando de miedo ante los capitalistas, se ve forzado a obstaculizar la victoria del nuevo régimen destituyendo al comisario de policía Eichorn, miembro del Partido Socialdemócrata Independiente, en Berlín. Esta orden no era más que un anillo en toda la cadena de actos destinados a desarmar al proletariado revolucionario de Berlín y a armar a la burguesía contrarrevolucionaria; debe servir de prelude a la renuncia completa de los obreros a la revolución, a su sumisión absoluta en todo el país al yugo capitalista; es también el prólogo de esta miserable comedia del gobierno socialdemócrata, manteniéndose en el poder por la gracia de la burguesía.

La vanguardia revolucionaria de los obreros de Berlín se yergue bajo esta ardiente afrenta. Hace lo que le exigen su deber y su honor y recoge el guante que le han lanzado. Al no tener una idea clara de la situación histórica y no estar en condiciones de evaluar exactamente las fuerzas en presencia, sin guías que hubieran sabido trazar y limitar el objeto concreto de la lucha, de conformidad con el estado de cosas y en relación con las fuerzas de los dos clanes beligerantes y que, además, se hubieran encargado de dirigir toda la energía revolucionaria para alcanzar el objetivo, la vanguardia del proletariado de Berlín se mueve en una nueva dirección; no se contenta con una acción enérgica que tenga como consigna: el regreso de Eichorn, la expulsión de la guardia contrarrevolucionaria de Noske de Berlín, el armamento de los obreros y el sometimiento de las fuerzas armadas a su control. Va más allá y establece la siguiente exigencia, en torno a la cual todos los elementos revolucionarios del país podrían agruparse: dimisión del gobierno de los traidores y renegados.

Llama a la huelga general, que debe transformarse inevitablemente en una insurrección general, llama a la lucha contra el enemigo, lucha en la que se juega su existencia. Todo esto ocurre bajo tales circunstancias que los batallones de choque de los revolucionarios de Berlín están inevitablemente condenados a sufrir el destino de los

comuneros de París. Sin mencionar a las grandes masas obreras del país, el propio proletariado de la capital no marcha en masa compacta detrás de esta vanguardia. En el momento álgido de la lucha, en lugar de actuar con decisión, se sigue negociando con el enemigo, lo que hace que la insurrección pierda su fuerza combativa. Los diversos episodios de esta insurrección fueron la toma del *Vorwärts*, arrebatado a los obreros de Berlín por una camarilla de pontífices del partido, así como la toma de algunos otros periódicos, que dieron un apoyo fraternal al órgano oficial de Scheidemann, en la gloriosa acción de bloquear el camino a la revolución, cubriendo a sus pioneros con olas de barro.

La vanguardia revolucionaria de los obreros de Berlín arde en deseos de luchar. Lucha con valor heroico. Sólo cede ante la superioridad de los proyectiles de gran calibre y de los lanzaminas; se agota, víctima de la incoherencia y de la insuficiencia de sentido y energía revolucionaria en las masas proletarias de Berlín y de otros lugares.

Se mata a los parlamentarios de *Vorwärts*, después de horribles torturas. Los guardias blancos restablecen el orden y la calma gracias a los medios que han aprendido durante más de cuatro años en la guerra fratricida. La bestia leonada del orden burgués está furiosa. Se venga cruelmente por haber temido un minuto por sus prensas, sus rollos de papel, sus cajas fuertes, en una palabra, por todo lo que tiene de más sagrado: la propiedad privada. Cubre la insurrección con el limo venenoso de las mentiras y los insultos, participa de palabra y de obra en la violencia más soez contra los presos indefensos y, sin parar, grita la necesidad de más y más asesinatos.

En este ambiente de odio, de miedo, de embriaguez por la victoria, de orgía sangrienta, se hace recaer toda la responsabilidad del inicio y desarrollo del movimiento insurreccional sobre el partido comunista. “¡Abajo los espartaquistas!”, este es el grito de todos aquellos para quienes la revolución es el juicio final. En realidad, los dirigentes del partido comunista, que acababa de ser fundado y no había logrado establecerse firmemente, no dirigieron la insurrección de enero. Evaluando la situación con precisión, exigieron que los cuadros del movimiento se redujeran y que toda la energía se concentrara en alcanzar el objetivo asignado. Cuando la lucha, que en su opinión había sido falsamente concebida y mal iniciada, estalló de todos modos, naturalmente no pudieron golpear la espalda de los combatientes. Por lo tanto, se vieron obligados a actuar de manera que el partido comunista apoyara a los proletarios que habían entrado en la lucha en la medida en que lo permitiera su punto de vista de principios y de táctica.

A pesar de este estado de cosas, el destino quiso que la acusación de haber sido los instigadores de la insurrección de enero recayese sobre los comunistas y sus militantes. Una tormenta de odio y abominables persecuciones se abalanzaba ahora sobre ellos, cubriéndolos de calumnias y amenazándolos con la muerte. “¡Muerte a Liebknecht! ¡Muerte a Rosa Luxemburg!”, “¡Colgad de las farolas a Liebknecht y Rosa Luxemburg!”, se exclamaba diariamente en hojas repartidas por cientos de miles de ejemplares; mientras los periódicos bienintencionados exigían el mismo castigo en términos poco velados, y los oficiales, a los que se les prometía impunidad y una recompensa por el asesinato, hablaban de ello... El 14 de enero, la sangrienta riada arrastró en su remolino los cuerpos de Liebknecht y Rosa Luxemburg. La conmoción causada por sus horribles muertes aceleró el fin de su compañero de armas y amigo, Franz Mehring, cuya salud, antaño tan firme, se había visto sacudida por muchos meses de detención, especialmente dolorosa para un hombre de 70 años. Así murió este gran líder de la clase obrera alemana que, por más que su muerte fuese “natural”, fue sin embargo una víctima de la gran batalla entre la revolución y la contrarrevolución.

Las jornadas de marzo en Berlín

Febrero-marzo de 1919. Los bellos discursos revolucionarios de la asamblea nacional no pudieron dormir a la revolución, pues vinieron claramente acompañados por acciones contrarrevolucionarias. El terror blanco de la guardia Noske también se mostró impotente para sofocar la revolución.

A partir de entonces, su fermentación se vuelve cada vez más violenta. Al igual que después de los acontecimientos de noviembre de 1918, pero con una fuerza mayor y más irresistible, la ola revolucionaria se levanta golpeando los cimientos del edificio capitalista, fuertemente sacudido por los temblores de la guerra universal.

La avalancha de huelgas en la región carbonífera del Rin, en Westfalia, se extiende al centro de Alemania y se extiende a Baden, Baviera y Wurtemberg, atrayendo a más y más agrupaciones sindicales y alcanzando proporciones impresionantes en Berlín. Las reivindicaciones de aumento salarial de los esclavos rebeldes del capital tienen ahora un eje común de cristalización y están impregnadas de una única voluntad: socialización, sóviets, poder socialista; tales son las consignas del movimiento.

Los dirigentes y defensores del orden burgués, juegan al parlamentarismo, pierden la confianza en sí mismos. Confiando en la credulidad de las masas, hacen concesiones, pero puramente verbales. En Berlín, los dirigentes socialdemócratas mayoritarios están, en el fondo de su alma, decididamente en contra de las huelgas, pero, ante la impetuosa corriente del movimiento de masas, simulan a regañadientes que las apoyan. Los líderes de los independientes sólo aprueban la lucha a medias y, esta vez y de nuevo en un momento crítico, las operaciones decisivas dan paso a las conversaciones. Sin embargo, el panorama general de la lucha en la mayoría de las distintas localidades de Alemania es el mismo. El movimiento se disloca, incluso antes de que el gobierno se vea obligado a cambiar las fichas de sus promesas por dinero contante y sonante de acciones revolucionarias. Allí donde los revolucionarios, en rebeldía contra el capital y el gobierno capitalista, luchan obstinadamente, los defensores del “orden” los devuelven, a sangre y hierro, a su antigua condición de esclavos.

El carné de miembro del partido socialdemócrata en una mano y en la otra el sable del general Gallifet, Noske salva de nuevo el reino de los millonarios; deviene el héroe preferido de los fabricantes, comerciantes, de los pilares de la bolsa, de los especuladores, de los terratenientes, de los viajeros de comercio, de los politicastos pequeñoburgueses, de los profesores, de los pastores pangermanistas y de los mundanos y semimundanos de costumbres más o menos ligeras. Sus acólitos: Merker, Guerstenberger, Lutvitz y otros, recogen en la guerra civil los laureles que se les escaparon en la guerra de bandolerismo imperialista. Pero, en opinión de estos señores, es necesario castigar con especial rigor a la vanguardia del proletariado berlinés, que no quiso renunciar a su ideal socialista y a sus reivindicaciones revolucionarias, a pesar del ejemplo de Ebert y Scheidemann y de sus amigos Wels y Ernst, y a pesar de la acción “educativa” del órgano central de los partidarios de la cobardía y de la renegación.

La oleada de movimientos huelguísticos aún no había logrado retirarse cuando un insignificante enfrentamiento entre tropas “gubernamentales” y tropas “sospechosas”, organizado, como se demostró, por un provocador contrarrevolucionario, sirvió de pretexto para que el gobierno desatara su feroz jauría contra el proletariado. Noske, al mismo tiempo, proclamó el estado de excepción en Berlín. Toda persona que sea encontrada portando un arma debe ser fusilada inmediatamente. Los guardias de Noske se lanzan sobre los “alborotadores” como bestias salvajes, los saquean como capitalistas europeos civilizados y roban a las víctimas de su crueldad, hasta el último botón. El teniente Marloh, con el consentimiento de Kassel y Noske, fusiló por orden de Reinhart a 29 marineros, atraídos a traición a una emboscada, como las liebres acosadas por

monteros para facilitar a los cazadores su muerte, sólo quedó un montón de cadáveres destrozados y desfigurados. Por todas partes, interminables filas de prisioneros. En las cárceles, en los cuarteles, resuenan los gritos de las víctimas torturadas. Los montones de cadáveres se acumulan. Las víctimas ya no se cuentan como en enero por decenas, sino por cientos y miles.

Una vez más, los contrarrevolucionarios, ebrios de sangre, gritan: “¡Abajo Spartakus!”. “¡Muerte a los espartaquistas!”. El espartaquista es cualquier proletario suspicaz que tenga la audacia de dudar de la santidad benéfica del régimen capitalista y de su propia democracia, y que no venere la trinidad celta compuesta por el amor al pueblo de Ebert, la perspicacia gubernamental de Scheidemann y la noble compasión de Noske. Una vez más, el partido comunista ni ha “organizado” la huelga ni la dirige. Por supuesto que, a través de los independientes, no pudo llegar a un acuerdo con los socialdemócratas mayoritarios, que se preparaban claramente para la traición, ni con los burócratas sindicales; tampoco pudo seguir a los líderes de los independientes, esos hombres de eterna vacilación y duda, fuertes en las palabras y débiles en la acción. Manteniendo la fidelidad a su bandera, debió seguir su propio camino; pero, al mismo tiempo, no pudo permanecer en un “espléndido aislamiento”, al margen de las masas proletarias en lucha; debía tender a llevar las huelgas que estallaban, con la fuerza de los elementos, al nivel de una acción política consciente de las masas; tenía que aplicar todas sus fuerzas en movilizar a las grandes masas y elevarlas al más alto grado de sentimiento y voluntad revolucionarios con un programa bien definido. Pero, en cualquier caso, no contribuyó en absoluto a la explosión de la lucha armada.

Esto no impidió que la jauría de asesinos de la burguesía se lanzara de nuevo sobre él. De todos los partidos y organizaciones, el partido comunista es el que tiene el honor del odio mortal del enemigo y sufrir las pérdidas más graves. Sus oficinas, depósitos, tipografías han sido devastadas, su literatura de propaganda quemada, la *Rote Fahne*, el precioso legado de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, es prohibida. Varios activistas del partido son detenidos, otros son perseguidos y se ven obligados a huir de Alemania o a esconderse. Los verdugos de la burguesía asesinan a Leo Jogiches, que, después de Rosa Luxemburg, era el activista más capaz del partido, su organizador más talentoso. A pesar de que Leo Jogiches nunca actuó públicamente y de que era personalmente desconocido para la mayoría de los espartaquistas, los bandidos “del orden” lo detuvieron en su apartamento y lo encerraron en la prisión de Moabit. Allí es sometido a las peores torturas, que, sin embargo, no le arrancan ni una palabra de los labios; y es en esta prisión donde Taumchik, el asesino de Dorembach, lo mata a traición de un disparo. Ni que decir tiene que se habla de un “intento de fuga” en las escaleras de la cárcel de Moabit, tras siete cerraduras, al igual que Liebknecht fue asesinado tras un “intento de fuga” en las sombras del Tiergarten. Los intentos de fuga en tiempos de una dictadura que se postra ante el orden de la burguesía, siempre han resultado fatales para los militantes revolucionarios. Por el contrario, invariablemente hacen triunfar a los Vogel, los Marloh y otros reaccionarios, que siempre se salvan felizmente de la ira de la justicia militar gracias a los cómodos automóviles.

La república soviética de Múnich

Mayo de 1919. Múnich, una ciudad alegre, ciudad de moral libre y ligera, una ciudad de bebedores, de pequeños burgueses de cuello sanguíneo, apasionados adoradores de la buena cerveza, una ciudad colorida, que vive en la despreocupación de la bohemia, se ha convertido en una ciudad asediada y conquistada...

Las calles se llenan con el crepitar de fusiles y ametralladoras, el estallido de granadas y las órdenes que amenazan con fusilamientos masivos; se llenan de guardias

blancos, embriagados con la sangre de los espartaquistas, y de “ciudadanos” llenos de rabia y odio, que aplauden a los verdugos y exigen más y más asesinatos y torturas. En los barrios obreros, en los distritos donde se libró la lucha, en las paredes de cada casa, en cada patio, la muerte acecha a los hombres y mujeres cuya ropa, conducta o vista, levanta sospechas de que, junto con los “guardias rojos”, participaron en la lucha por la República Soviética. Todos los instintos más bajos de la naturaleza humana se desatan y celebran las ruidosas orgías de espionaje y denuncia. Se mire por donde se mire, sólo hay ejecuciones en masa y colas interminables de presos que esperan los peores tormentos, físicos y morales, y la muerte a manos del verdugo.

La unidad de la nueva Alemania, que hasta entonces no había tenido voz, ha encontrado ahora una brillante expresión en la estrecha y amistosa colaboración de los batallones de voluntarios y los defensores de las “patrias” aisladas. Todos ellos en un esfuerzo común por estrangular a la República Soviética de Múnich. Las viejas y profundas contradicciones de la “cultura nacional” entre los verdaderos bávaros, los badenses, los “norteños”, los “cerdos prusianos” y los sajones desaparecen como el humo en un vapor de sangre, envolviendo a toda la juventud burguesa: estudiantes, burócratas, ingenieros, así como los desocupados de toda clase. Todos ellos se unieron en defensa de las cajas fuertes de los capitalistas y de la sociedad existente establecida a lo largo de los siglos por la naturaleza y la voluntad de Dios. La dolorosa ansiedad por el anillo maldito de Nibelungo, por el oro reluciente de la propiedad capitalista y por su reinado, y el odio mortal por el proletariado revolucionario, que amenaza “los bienes más sagrados” de los pueblos de Europa y del mundo, es el sólido cemento que une a todos los partidos políticos, a toda la burguesía de la nueva Alemania actual. Porque Alemania, despojada de su decorado democrático, sigue siendo un país capitalista donde reina la burguesía y su terror blanco. Los acontecimientos de Múnich lo han demostrado sin lugar a dudas.

Históricamente hablando, el movimiento revolucionario del proletariado en Múnich no representa más que una nueva edición, “revisada y completada” por todos los posibles colaboradores políticos. Es, en relación con estas luchas, lo que un experimento científico es en relación con una fórmula. Ya no es que quiera decir que la república soviética, que representa el alma y el programa entero de la lucha, debe ser considerada como un experimento, hecho según una fórmula científica. Ciertamente que no. En la medida en que la República Soviética de Múnich encarnó la voluntad y la acción de las masas, aparece como la manifestación natural e inmediata de la lucha de clases del proletariado: las fuerzas históricas combinadas buscan en ella la expresión social y la encarnación de las condiciones del desarrollo histórico. Esto es lo que llama la atención, a primera vista, cuando se sigue con el pensamiento toda la marcha de las luchas revolucionarias, al leer el notable estudio de P. Werner: *La república de los sóviets de Múnich*¹.

En Múnich, la consigna del proletariado: régimen soviético y socialización, fue llevada a cabo por las manos de los propios proletarios, deseosos de emanciparse de la esclavitud capitalista.

La república soviética de Múnich, es cierto, estalló al principio como una “farsa”, como una “pseudo república soviética”. Según la caracterización correcta de Werner, surgió absolutamente como un homúnculo ciego y ridículo del cuerno de los alquimistas literarios y políticos. La proclamación de la república soviética fue imaginada por los socialdemócratas mayoritarios, deseosos de engañar a traición a los obreros rebeldes falsificando la idea soviética mediante una república soviética burguesa; para ello contaron con el apoyo de los independientes que, como una veleta al viento, giraron hacia

¹ P. Werner, *Die Bayerische Räterepublik, Tatsachen und Kritik*, Franke Verlag, Leipzig.

un lado u otro, sin saber qué quieren, qué pueden hacer tácticamente, y cómo se debe realizar estratégicamente; en su proclamación, participaron también honestos “estorninos humanitarios” y, finalmente, toda la escoria de los aventureros políticos y empresariales. “Fue el fruto de las dificultades e intrigas del gobierno socialista, de los arrebatos anarquistas quijotescos y de la política sin principios de los independentistas”. Este hallazgo se marchita como una hierba cuyas raíces han sido cortadas. No representaba absolutamente nada, no podía hacer nada y no hacía nada. El movimiento contrarrevolucionario se lo llevó como una paja. Pero ahora, en las fábricas, con un poder irresistible, está surgiendo la voluntad de transformar esta pseudo república soviética en una realidad: los representantes elegidos de las masas trabajadoras toman el destino del régimen soviético en sus propias manos. Cambian no sólo los hombres a los que se había confiado la dirección de la revolución, sino la propia sustancia, el programa de la revolución de Múnich. El resultado es una verdadera república soviética proletaria.

Es cierto que esto ocurrió en una situación histórica tal que, desde su nacimiento, la república soviética estaba condenada a muerte. La voluntad de las masas, su actividad, están siendo dirigidas en la dirección equivocada. Sólo ven ante ellos la reluciente meta, sin prestar atención al camino sembrado de piedras y espinas que les separa de la meta. Un país como Baviera, donde el predominio de la agricultura es incuestionable, agricultura que está enteramente en manos de una clase campesina rica; un país cuya industria es insignificante; un país en el que las flagrantes contradicciones de clase, en el sentido actual de la palabra, no juegan un papel decisivo, no representa un terreno favorable en el que pueda establecerse la sociedad socialista proletaria, antes de que se haya establecido en otras partes de Alemania. Y las masas proletarias de esas otras partes del país, más desarrolladas en el capitalismo, permanecieron sordas y ciegas a este ejemplo y señal que les dieron sus hermanos de Múnich. Por el contrario, la contrarrevolución dio muestras del más fino olfato en la evaluación de los acontecimientos de Múnich. En una conmovedora unanimidad “nacional”, todos los Ebert, Hoffmann, Blauss y Gradnauer se unieron para desprestigiar y calumniar a la república soviética de Múnich; mientras que los Noske, Hass, Herrgotl y Hepp se unieron para ahogarla en sangre.

Estas jornadas revolucionarias terminaron en una terrible y conmovedora tragedia. La historia del Múnich soviético es la historia de la alondra que se despertó demasiado temprano y, fascinada por la luz del hermoso sol, salió volando en un día frío, con un grito triunfal, hacia las cumbres etéreas, y allí, presa del frío, volvió a caer, moribunda, sobre la tierra helada: una imagen triste, La experiencia de la república soviética proletaria de Múnich nos recuerda las palabras de Karl Marx, de que el proletariado, siendo un gigante por sus tareas y fuerzas, es también un gigante por sus defectos y aberraciones. Este choque revolucionario fue un inmenso error, pero (tal es ya la dialéctica viva de la historia) fue, al mismo tiempo, un inmenso paso adelante: las masas proletarias se pusieron a romper con ardor el viejo aparato de gobierno capitalista y sustituirlo por un nuevo régimen que pusiese todo el poder en sus manos. En comparación con los días de enero, vemos un enriquecimiento significativo del programa revolucionario y un aumento considerable de la audacia de las masas. Por lo tanto, el futuro de la revolución proletaria se presenta lleno de fuerza y promesas.

La actitud de los comunistas ante los acontecimientos de Múnich estaba básicamente fijada de antemano. Firmemente, con desprecio, se negaron a reconocer la república pseudo soviética de Hayer. No podían dejar de ver una acción prematura en los impetuosos intentos de las masas trabajadoras.

Pero cuando la lucha se desencadenó, cuando, valiente y audazmente, los trabajadores tomaron las armas, los comunistas no podían permanecer como espectadores

pasivos. Se aseguraron de que el presente, con todos sus errores y aberraciones, sirviera de lección para el futuro, como garantía de que en la próxima acción se demostraría más conciencia y unidad revolucionaria. Así, fueron, por así decirlo, los críticos y asesores benévolos en los inciertos y a menudo erróneos intentos del proletariado de Múnich por realizar y mantener el poder soviético. Sin la menor duda, asumieron su parte de trabajo y responsabilidad entrando en los sóviets en el momento más difícil, cuando los sóviets necesitaron un liderazgo firme y consciente. Y llevaron concienzudamente el peso de esta tarea, llena de dificultades y responsabilidades, mientras la inmadurez de la acción revolucionaria del proletariado en Múnich, resultante de toda la situación objetiva, no se revelase en toda su obviedad. Los socialtraidores y los zopencos burgueses que dimitieron tras la derrota, se convirtieron en nuevos pontífices por una hora, y la república pseudo soviética, bromeando por unos momentos, hizo su reaparición.

En Múnich, vemos que los gritos: “¡Abajo los espartaquistas!” son el grito de guerra de los contrarrevolucionarios de todos los matices, tanto del campo socialdemócrata mayoritario como de la burguesía. Estos gritos inspiran a los detractores burgueses, que vierten torrentes de mentiras y fango sobre la república soviética y sirven de acompañamiento a los culatazos descargados sobre las cabezas de los obreros católicos, sospechosos de espíritu revolucionario. E incluso tras el restablecimiento de la seguridad de las cajas fuertes de los bancos, cientos de inocentes siguen siendo condenados a muerte.

En las jornadas de marzo, en Berlín, cientos de hombres fueron asesinados en nombre del orden burgués. En Múnich, miles de personas fueron fusiladas. Entre ellas, junto a la flor de la clase obrera revolucionaria, perecieron los más enérgicos, conscientes y fieles partidarios del comunismo.

Fue aquí donde el cruel destino se llevó a uno de los más valientes activistas: Eugène Leviné. No fue asesinado, como Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y Leo Jogiches, sino “ejecutado”. La diferencia es sólo de forma. En realidad, Leviné fue víctima de asesinos cobardes, y el transparente velo legal del proceso judicial, que se escenificó según todas las reglas del arte, subraya aún más toda su cobardía. La bala que atravesó el pecho de Leviné, en virtud del veredicto con el que se puso fin a la odiosa comedia judicial, no sólo alcanzó a un luchador comunista, sino que asestó un golpe mortal a la justicia burguesa.

Desarrollo ulterior de la lucha

Recordemos que el período comprendido entre la insurrección berlinesa de enero y la proclamación de la república soviética en Múnich está lleno de huelgas revolucionarias y enfrentamientos sangrientos, en los que los dos bandos enfrentados dieron muestras del mayor encarnizamiento. En Breme, Düsseldorf, en las cuencas carboníferas del Rin y de Westfalia, en Brunswick, Halle, Erfurt, Hamburgo, Stuttgart, Chemnitz, Leipzig, Alta Silesia, y en muchos otros lugares, se intenta demostrar a los trabajadores, por la fuerza de las armas, todas las ventajas del régimen capitalista. En toda Alemania, la tierra está anegada de sangre de proletarios rebeldes. Sin duda, la extensión de la lucha revolucionaria y su inminencia nos impiden ver toda su magnitud y juzgar su alcance e importancia. Pero si reunimos en un solo conjunto todos los fenómenos aislados y dispersos, después de haber restablecido su vínculo interno, y si consideramos este conjunto en una perspectiva histórica, es imposible no reconocer que, en estos últimos meses, la vanguardia del proletariado alemán ha dado un paso gigantesco de la mayor importancia en la lucha revolucionaria. Comparada con la batalla librada por el proletariado alemán con tanta pasión heroica, ¿no parece insignificante y casi infantil la lucha de la burguesía contra el estado feudal, a pesar de todo el romanticismo de las

sociedades secretas, las conspiraciones, las barricadas surgiendo del suelo y las armas forjadas en la oscuridad?

El mismo comienzo de las acciones revolucionarias subraya amargamente esta diferencia. Por un lado, el gigantesco proletariado, procedente del inmenso dominio de la producción fabril, que agrupa a millones de hombres; por otro lado, la pequeña burguesía bien ordenada, viviendo en la estrechez de una ciudad medieval, con unas corporaciones de oficios cuyas proporciones, en comparación, no superan las de un juguete; de una parte, una tendencia hacia un objetivo, coincidente con la marcha implacable de la historia: la instauración de un nuevo régimen social, la creación de un mundo nuevo, en el que se abolirán todas las barreras de clase entre los hombres; por otra parte, el deseo de dar una nueva forma al estado, con el único objetivo de establecer y asegurar el reinado de la nueva clase que aspira al poder. En la historia de Alemania, sólo conocemos un movimiento que pueda ponerse al nivel de las luchas revolucionarias de 1919; se trata de la formidable insurrección campesina contra los señores y los opresores. Los que participaron en aquella insurrección aspiraban más o menos conscientemente a un nuevo régimen social: querían establecer el “reino comunista de Dios en la tierra”. Las pretensiones ideales del cristianismo, dirigidas a la vida interior y más allá, debían verter un torrente de vida nueva en las supervivencias reales de la comunidad primitiva y contribuir así a la organización de una nueva sociedad.

No cabe duda de que durante este periodo la revolución se ha acercado a su gran objetivo. Por su programa y significado histórico, la lucha revolucionaria se desarrolla constantemente en una curva ascendente. En Berlín, durante los días de enero, la vanguardia del proletariado alemán busca asegurar la libertad de movimiento y acción para la revolución. Como si llevase a cabo un reconocimiento, oteando el terreno de la batalla que se avecina, quiere, mediante el derrocamiento del gobierno que, mientras se cubre con la bandera socialdemócrata, sirve a los intereses del capital, liberar el camino de la revolución de ese obstáculo, el más importante según su parecer. Los días de marzo en Berlín tienen, en parte, el mismo significado, pero sólo en parte. En otras partes del país, en relación con su punto de partida y con el movimiento revolucionario, su característica fundamental es la reivindicación de la socialización y del régimen soviético. Esta demanda sigue siendo bastante confusa y nebulosa. Las masas trabajadoras confían todavía en que esta reivindicación la realizará legalmente el gobierno y el parlamento del mismo estado, cuya alma capitalista se revela a los trabajadores con el crepitar de las ametralladoras y el estruendo de los cañones pesados. Así, en el programa de las jornadas de marzo se reflejan todavía las ideas más confusas sobre la naturaleza de los sóviets, sobre la asociación armónica del parlamentarismo con el régimen soviético, las viejas ilusiones sobre el valor de la democracia burguesa, etc., en una palabra, todas estas debilidades de conciencia y de voluntad, que dejaron su impronta característica en el programa táctico, compuesto en aquella época, por la socialdemocracia independiente. El significado histórico de la lucha de Múnich demuestra la enorme distancia que el sentimiento revolucionario de la vanguardia proletaria ha recorrido desde las jornadas de enero. El sentido de esta lucha consiste, sin duda, en la destrucción del estado capitalista, la instauración de la dictadura del proletariado y de un nuevo régimen comunista. Ciertamente, este significado seguía alterado por las confusiones, ilusiones e incertidumbres en la evaluación de los hechos y por la indecisión en la acción, pero no dejan de representar, sin embargo, un sólido punto central, en torno al cual se acumulaban los elementos revolucionarios. No es menos necesario reconocer que en Múnich, la vanguardia del proletariado dirigió su lucha después de haberse liberado en gran medida de sus prejuicios políticos y sociales. De este modo, esta etapa de la lucha revolucionaria aparece, no sólo por sus proporciones, su perseverancia, la abundancia de víctimas, sino

por su sentido histórico, como la culminación de la lucha “entre la burguesía y la clase obrera”. Por esta razón, conservará su importancia para las acciones revolucionarias posteriores, incluso si al principio se renueva desde un nivel inferior.

El período de la República Soviética de Múnich es como una señal de fuego, encendida en la distancia para iluminar a las masas combatientes del proletariado en Alemania.

Resultado de las batallas revolucionarias

Sin embargo, a pesar del crecimiento del sentimiento revolucionario, ¿no ha ido la vanguardia de la clase obrera alemana de derrota en derrota? ¿No ha sacrificado a miles de sus intrépidos combatientes, ha perdido a dirigentes insustituibles; no demuestra esto que esta lucha era inútil? ¿Dónde están los resultados políticos y económicos de la lucha revolucionaria, que duró de enero a mayo? Esto preguntan los cobardes y miedosos, que nunca ganarán, porque nunca se atreverán a emprender acciones audaces. Esto preguntan, sobre todo, las mentes delicadas, para las que la lucha emancipadora proletaria es un simple problema de aritmética, cuya solución, según ellas, vendrá dada por la suma de pequeños hechos “positivos”. La prueba final de su sabiduría sigue siendo una moral de Perogrullo burgués, que declara que es mejor pájaro en mano que cien volando.

Traducido al lenguaje político, esto significa: el proletariado debe preferir un mundo malo, un acuerdo con el capitalismo sobre el terreno de la democracia burguesa, el parlamentarismo, las reformas sociales y los convenios colectivos, a la lucha revolucionaria por el aplastamiento del capitalismo.

Qué inferior es esta forma de ver a la vieja moral, que sus mejores representantes predicaron en su día a la burguesía combatiente: “La libertad y el hambre son mejores que la jaula de oro de la esclavitud”.

El proletariado de hoy ni siquiera puede esperar recibir, en la sociedad capitalista, “la jaula de oro de la esclavitud”.

La [Primera] Guerra Mundial provocó una destrucción colosal de bienes y riquezas públicos, como no se había visto en ningún momento de la historia, y una destrucción inconmensurable del aparato productivo público. Al mismo tiempo, le ha planteado a la sociedad los problemas más difíciles para superar el caos resultante, para superar la miseria que ha provocado, para combatir la insuficiencia de bienes materiales y morales. Ante tal estado de cosas, la existencia posterior de la economía capitalista, basada en la extracción de beneficios y la dominación de la clase burguesa, sólo puede significar el refuerzo más impetuoso, más feroz, de la explotación capitalista del proletariado, amenazando a las grandes masas con la miseria y la esclavitud. El trabajador no podrá tener en sus manos ni la más pequeña cosa. La vuelta a la barbarie o la conquista del poder político y la instauración del socialismo no es sólo una cuestión de vida o muerte para toda la sociedad, sino que, para el trabajador, es una cuestión de existencia personal. Por eso sólo le queda una alternativa: ¡la lucha! Además, ¿es cierto que la lucha revolucionaria sólo le ha costado pérdidas al proletariado y no le ha rendido ningún beneficio? Es falso, responde la historia. La lucha emancipadora del proletariado avanza constante e irresistiblemente, pero no siempre en línea recta, ni de victoria en victoria. Hace giros y desvíos, tiene sus altibajos. Pero lo que la caracteriza es que la derrota eleva al proletariado, lo lleva adelante y lo acerca a la meta. Como se afirma en el *Manifiesto Comunista*,² el resultado más importante de la lucha de clases proletaria, de su significado histórico, no es esta o aquella “adquisición” positiva, radica en el aumento de la cohesión,

² Carlos Marx y Federico Engels, *Manifiesto Comunista (con anexos)*, en la serie de nuestro sello hermano EIS: OEME y Marx y Engels, algunos materiales.

el sentimiento social y de la actividad de los desfavorecidos y los explotados, como conjunto de clases, y en el fortalecimiento de la voluntad de luchar por la emancipación. Desde este punto de vista, las derrotas de la vanguardia proletaria combatiente (derrotas cuya inevitabilidad resulta del desarrollo del proceso histórico) pierden su fuerza paralizadora. También son el paso previo a futuras victorias. Sólo se convertirían en verdaderas derrotas en el caso que el proletariado saliese de ellas, maldiciendo el destino, habiendo perdido la fe en sí mismo y en su trabajo, sin haber aprendido nada.

Ya hemos mencionado más arriba que en la lucha revolucionaria de su vanguardia en 1918 el proletariado estaba en deuda con la adquisición de claridad en sus consignas, el desarrollo de una táctica más acorde con el objetivo y el fortalecimiento del espíritu de lucha. Esto se puso de manifiesto en la “indignación” contra la política de la burocracia sindical en el sindicato más fuerte de Alemania, en el de los trabajadores del metal. Ello se tradujo en un vigoroso golpe a la izquierda, bajo la presión del creciente sentimiento social de las masas, en el seno de la socialdemocracia independiente, a pesar de que los dirigentes más destacados de este partido no aprueban esta nueva orientación, e incluso se pronuncian abiertamente contra ella. No cabe duda de que la experiencia extraída de los meses revolucionarios debe reflejarse saludablemente en la futura lucha revolucionaria. Pero para que esto ocurra, la vanguardia revolucionaria proletaria debe comprender plenamente las condiciones históricas y evaluar con precisión las fuerzas de sus enemigos y amigos. Ya no debe, cayendo en las provocaciones, luchar en pequeños grupos, contra un enemigo superior en fuerzas, no debe permitir que sus propias fuerzas se dispersen. Sus atrevidos destacamentos de choque, aislados, deben aprender a esperar a que se les unan grandes batallones. Los grandes batallones del ejército proletario deben estar impregnados del sentido de solidaridad de todos los participantes en la lucha revolucionaria. Deben recordar que la derrota de cada destacamento de vanguardia es también su derrota. El enemigo capitalista del proletariado en lucha por su emancipación, comprendió antes y mejor que él la necesidad de la solidaridad en la lucha. En cada revuelta particular de sus esclavos, ve el peligro para toda su obra. Para Noske, como en el pasado para Puttkammer, la “hidra de la revolución” se esconde detrás de cada huelga, por poco importante que sea. De ahí la concentración permanente de fuerzas contrarrevolucionarias para infligir la derrota a la revolución de un solo golpe. La República Soviética de Múnich era, para los conservadores de la sociedad capitalista, un asunto “nacional”. Para el proletariado, seguía siendo, a pesar de todas las conmovedoras expresiones de simpatía, un asunto “local” del pueblo de Múnich. Debemos aprender de nuestros enemigos.

Importancia de la tradición revolucionaria

Desde las luchas revolucionarias de 1919, un ancho torrente de sangre separa a la burguesía y al proletariado de Alemania. Es imposible tender un puente en él, a pesar de todos los esfuerzos de los socialdemócratas mayoritarios, cuyas manos están todavía manchadas con la sangre de nuestros hermanos, a los que asesinaron. Este torrente de sangre es, para el proletariado, una fuente inagotable de fuerza vital. Eso es un hecho. La lucha revolucionaria ha enriquecido a los trabajadores alemanes con un valor idealista inestimable, cuya insuficiencia se había hecho sentir dolorosamente, tanto en su psicología como en toda su historia. Gracias a la experiencia de la guerra civil, los proletarios de Alemania aprendieron a librar la lucha revolucionaria y a combatir a un enemigo con las más avanzadas máquinas de matar. Además, han reconocido que la disciplina exterior, que se traduce en el pago regular de cuotas y la difusión de panfletos (por muy importante que sea) no puede por sí sola llevar a los desheredados y explotados desde los desiertos de la sociedad capitalista a la tierra prometida de la sociedad

comunista. El crepitar de las ametralladoras ha hecho que sus almas sientan firmemente que hay momentos históricos en los que el proletariado debe, sin vacilar, sin dudar un instante, darlo todo y sacrificar su vida para conseguir su objetivo. Los combates de enero-mayo de 1919 crearon para el proletariado alemán una tradición revolucionaria de inestimable importancia educativa.

Este hecho marca el fin del período de la lucha emancipadora del proletariado, que se inició con el fin de la guerra franco-prusiana de 1870-1871 y que discurrió bajo su influencia, como predijo [Karl Marx](#),³ con brillante previsión. En Alemania, donde el centro de gravedad de la gran lucha histórica entre el capital y el trabajo se había desplazado, este período histórico fue una larga y amarga lucha de la burguesía contra el proletariado organizado. El capitalismo, que todavía estaba en pañales imperialistas, soñaba con asfixiar al socialismo mediante leyes de excepción. El proletariado se defendió, luchando por su existencia presente y futura, con decisión, deliberadamente, sin escatimar sacrificios. Sin embargo, a pesar de todo el heroísmo de su paciencia y audacia combativa, esta lucha nunca adquirió el carácter de una lucha revolucionaria declarada. Se mantuvo como una pequeña guerra, consistente en un hábil engaño a las autoridades todopoderosas, en una disputa legal con los fiscales y jueces, y en discusiones parlamentarias con los partidos burgueses y su gobierno.

En el período de acción de la ley contra los socialistas es cuando se desarrolla esta costumbre, abrumadora para el adversario, de la estricta legalidad de la lucha, costumbre que caracteriza la lucha de clases del proletariado alemán hasta la revolución.

Esta verdad tan obvia, de que los métodos de lucha revolucionaria, bajo ciertas condiciones históricas, se vuelven superfluos, de que su aplicación en tal orden de cosas debe incluso evitarse, se transformó en el absurdo principio histórico de que el proletariado, en cualquier caso, debe evitar los combates revolucionarios. El condicional se transformó en un absoluto, un “imperativo categórico” de la lucha de clases proletaria. La tradición se ha fijado, después de haberse transformado en una forma moribunda. [Karl Kautsky](#)⁴, sacerdote y guardián del “marxismo puro”, tal y como lo “entiende” la dirección del partido socialista, canonizó teóricamente la táctica de la evasión sucesiva de la lucha, táctica que se convirtió en la única estrategia saludable, justo en el momento en que el imperialismo, en su apogeo, empujaba a las masas proletarias a una acción formidable que podría, si se reanimara, en una lucha revolucionaria. La guerra universal puso de manifiesto, incluso para los más estrechos de miras, que una realidad insolente hacía tiempo que se burlaba de las peroratas de Kautsky sobre la “superioridad” de su “estrategia”, en la que ahora sólo creen ya en general los que no quieren la lucha revolucionaria. El puño brutal de Noske ha roto definitivamente la vieja tradición idílica. A partir de ahora, en el seno del proletariado alemán reina la tradición de la lucha revolucionaria, que se ha convertido en una fuerza histórica. Perdiendo sangre y goteando lágrimas, pero con la cabeza alta, con orgullo, con valentía, con el rostro vuelto hacia el sol naciente, esta tradición ha echado raíces entre los trabajadores alemanes. La importancia histórica de la tradición revolucionaria del proletariado consiste en que representa la propia creación del proletariado, el fruto de su propia fuerza creadora. También consiste en que, luchando y muriendo por la revolución, las masas proletarias abandonan el marco en el que la sociedad burguesa encierra su vida y su actividad, y por este mismo hecho alcanzan la libertad humana absoluta, constituyendo la meta de la lucha emancipadora de su clase. La tradición revolucionaria es la manifestación superior de una nueva vida interior, una nueva actividad del espíritu de las masas proletarias. Esto explica

³ En nuestro sello hermano [Edicions Internacionals Sedov: Marx y Engels, algunos materiales y Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels](#).

⁴ En este mismo sello: [Obras Escogidas de Karl Kautsky](#).

su fuerza impulsora, educadora y creativa. Que los dirigentes del proletariado no teman la perspectiva de una muerte heroica en combate, sometidos a los mandatos del deber y del honor, es, sin duda, algo precioso. Contribuye a la formación de una tradición revolucionaria individual y educa a los revolucionarios en el espíritu de esta tradición.

Pero esta tradición sólo se forma cuando la lucha revolucionaria y la muerte por la revolución se convierten en una manifestación con carácter de masas, una expresión de la gran comunidad interna de ideas, una expresión de la libre voluntad de las masas. En las venas de la joven tradición revolucionaria de los trabajadores alemanes fluye la sangre de quince mil víctimas y los latidos de todos estos corazones se funden en un tremendo rugido, que llama a todos los inmobilizados e inertes, a los indiferentes y apáticos, a los vacilantes e indecisos, ¡y los impulsa a marchar cada vez más lejos!

Tanto los amigos como los enemigos de la revolución consideran que el factor decisivo de su triunfo en Rusia es el hecho de que está dirigida por los más talentosos y grandes líderes. Y todos se atormentan con este enigma, para averiguar qué “peculiaridades nacionales” pudieron hacer aparecer en Rusia la gigantesca figura de Lenin, las grandes figuras de [Trotsky](#), Sverdlov, Zinóviev, para hablar más lacónicamente de esa pléyade de líderes bolcheviques, mientras que, al mismo tiempo, en todos los demás países, llama la atención la ausencia de políticos inteligentes, dotados y hábiles, a la cabeza. Los sabios historiadores de este tipo no comprenden el trasfondo de la revolución y no saben nada de la historia de la revolución rusa. Aquí la revolución triunfó porque la tradición, a través de una larga lucha revolucionaria, rica en víctimas, dio a luz a militantes de la raza de Lenin, Trotsky, Zinóviev, Sverdlov y otros. Y, además de estas brillantes personalidades, creó cientos, miles de Lenin, Trotsky, etc., etc., hombres y mujeres que, día tras día, con abnegación, dedicaron todas sus fuerzas al cumplimiento de la tarea que se les había encomendado, dando su último aliento y, lo más sencillo del mundo, siempre dispuestos a luchar y morir por la causa revolucionaria.

Los que cayeron por la revolución

En los aniversarios de la muerte de [Rosa Luxemburg](#)⁵ y Karl Liebknecht, los nombres de los grandes líderes que murieron estarán en los labios de todos los partidarios sinceros del socialismo internacional. El proletariado combatiente de todo el mundo inclina sus banderas rindiendo homenaje ante sus tumbas. Con piadosa gratitud, los honrarán a ellos y a los miles de anónimos y desconocidos que cayeron en 1919 en la lucha contra la contrarrevolución alemana. El destino sangriento de Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg, Léo Jogiches y Eugène Leviné es sólo el reflejo y el símbolo del destino de las masas. Cuando la mirada, dirigida hacia la lejanía, se pasea por la extensión ilimitada del mar, siempre se detiene en los picos centelleantes de las olas, anunciando el eterno movimiento de las mismas. Pero los picos centelleantes son sólo la corona de la masa de olas en movimiento, y cuanto más amplias y altas son las olas, más penetra su brillo en la distancia.

Si Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg, Franz Mehring, Léo Jogiches y Eugène Leviné, en el momento de su muerte, aparecen en la cima de la ola revolucionaria, no es ciertamente por pura casualidad. Toda su vida, fueron pioneros de la tormenta que desató las aguas, los levantó en el aire y los lanzó hacia adelante. Su muerte es la coronación de su vida, que estuvo llena de la unidad interior de la convicción y de la causa, de la lucha revolucionaria contra todas las fuerzas oscuras que oprimían a la humanidad, que la encadenaban, que la perseguían como pobre e indigna del banquete de la vida civilizada.

⁵ En nuestro sello hermano [Edicions Internacionals Sedov: Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano](#) y [Obres Escollides de Rosa Luxemburg en català](#).

“¡Muerte al espartaquista!” “¡El espartaquista es el enemigo de la sociedad!”, así son los gritos con los que se asesina traicioneramente a los militantes más destacados del proletariado revolucionario, con los que se da muerte a miles de luchadores proletarios. Este grito fue ingenuo y estúpido en la medida en que fue provocado por la idea de que los “espartaquistas” habían “creado” los acontecimientos de enero y mayo. Pero, en general, no estaba desprovisto de todo significado interno, porque el “espartaquista” había excitado y educado este espíritu de insurrección, el espíritu de revuelta de las masas proletarias que se hizo sentir con la violencia de un elemento en la lucha revolucionaria de 1919. El mérito imperecedero de nuestros desaparecidos dirigentes será, para siempre, haber pertenecido al grupo “Espartaco”, llamando de palabra y obra a los esclavos del capital a la rebelión, en el momento en que los dirigentes de la mayoría socialdemócrata, cumpliendo el papel de reclutadores y carceleros, empujaban a las masas proletarias a la masacre de la guerra universal. Estos dirigentes siguieron enardeciendo a las masas incluso durante la revolución, cuando los social-mayoritarios se esforzaban en mantener al proletariado bajo el viejo yugo y los dirigentes de los independientes, indecisos, se mantenían tímidamente al margen.

Pero, ¿qué significa la palabra “Espartaco”? “Espartaco” no es sólo el viejo y eternamente rejuvenecido sueño de la emancipación de toda miseria social, el sueño que, bajo las más diversas formas ideológicas, tantea buscando su camino a través de toda la historia y que encuentra su encarnación en los encendidos versos de poetas, profetas y fundadores de religiones. “Espartaco” es la conciencia, la voluntad, la aspiración activa de realizar este sueño y, además, una forma histórica superior de lucha por la libertad, por la soberanía de todos los participantes en la lucha, por el socialismo internacional. Bajo la bandera del socialismo internacional, “Espartaco” reúne a las masas proletarias dispersas y engañadas para la lucha contra los opresores, en un momento en que el capitalismo imperialista, con absoluto desprecio, niega a estas masas toda dignidad humana, pisoteándolas al obligarlas a la guerra fratricida, a la negación de su ideal humano y a su abjuración. Bajo la bandera del socialismo internacional, “Espartaco” une a las masas proletarias dispersas y engañadas, incluso cuando la revolución se pone en marcha en Alemania, y cuando se intenta transformarla en la concubina venal de la minoría burguesa. “Espartaco” une a las masas de esclavos en una sólida unidad guerrera para el asalto decisivo final. Los líderes desaparecidos trabajaron bajo la bandera de “Espartaco” con una lealtad y apego inquebrantables a la causa común.

Karl Liebknecht, agitador talentoso e incansable, despertó y dirigió a las masas con el fuego de su profunda convicción interior, con la llama de su ardiente palabra, galvanizando su voluntad de conquistar la libertad. Soldado intrépido de la revolución, salió al encuentro de las masas, sin perder de vista el objetivo supremo. Karl Liebknecht fue uno de los primeros socialdemócratas alemanes que estigmatizaron al militarismo y al imperialismo como los enemigos más peligrosos y mortales de la clase obrera y que se propusieron sin flaquear abatir a esos enemigos. Para esta lucha, Karl Liebknecht reúne nuevos regimientos de militantes decididos, llamando bajo la bandera del socialismo (y este es su mérito imperecedero) a toda la juventud revolucionaria. Previó e intuyó la traición en el campo de la socialdemocracia y trató de repelerla con una lucha valiente. Burlándose del peligro, sin contar las pérdidas, dirigió incansablemente la lucha, impetuoso y temerario, lanzándose al combate con la perseverancia y la audacia de los grandes revoltosos. Karl Liebknecht, durante mucho tiempo, y sin encontrar apoyo en ninguna parte, fue el primero de los cien diputados socialdemócratas del Reichstag que levantó la bandera inmaculada del socialismo internacional sobre los campos de batalla donde humeaba la sangre; fue a tal título como se convirtió en el educador, el guía, el luchador de vanguardia, el ejemplo más noble y reconfortante para el proletariado de

todos los países. Ni los juicios, ni los años de prisión, pudieron quebrar su fidelidad a sus convicciones, desgastar su apasionado espíritu de combatividad. Durante la revolución luchó con una maestría casi sobrehumana, continuando día tras día el combate cuerpo a cuerpo con el enemigo, hasta la hora en que cayó atravesado por las balas, asesinado a traición por los oficiales.

Junto a Karl Liebknecht, otro “espartaquista”, Franz Mehring, un caballero nacido del espíritu, que empuñaba una pluma tan afilada como una espada. Dotado de un raro talento como escritor, este brillante y laborioso historiador, renunció a las ventajas y honores que le esperaban en el campo de la burguesía y se entregó con el mayor apego y abnegación a la causa del proletariado. En las horas más graves, se sometió a la prueba de fuego y se convirtió en un verdadero luchador revolucionario. Cuando el gobierno aplicó la ley contra los socialistas para el desarme y la represión del proletariado revolucionario, Franz Mehring, con audacia y decisión, se lanzó contra los capitalistas y junkers coaligados. El 4 de agosto de 1914, cuando la socialdemocracia alemana renegó de sí misma y se puso del lado del enemigo imperialista, con los acentos bárbaros de una música patriótica, llevando a millones de trabajadores como sacrificio ante el altar de la codicia de la dominación universal de la burguesía, Franz Mehring, de casi 70 años, se unió juvenilmente al pequeño grupo de estoicos militantes que declararon la guerra a los imperialistas y social-patriotas y se esforzaron en arrancar las almas proletarias de su influencia. Con sus últimos artículos en la *Rote Fahne*, entregó a la revolución sus últimas fuerzas. El espíritu de “Espartaco” habla alto y firme en la rica literatura que deja como legado al proletariado.

Es con un profundo sentimiento de gratitud como dirigimos nuestros pensamientos a Léo Jogiches y Eugene Leviné, a estos dos “extranjeros” que, al igual que la judía ruso-polaca Rosa Luxemburg, adquirieron con su actividad y participación en la lucha, el derecho imprescriptible de ciudadanía en el corazón de todo proletario alemán amante de la libertad. Su trágica muerte estampó el último sello en el carné que confirmaba este derecho perpetuo: estos “extranjeros” eran socialistas internacionales en el sentido más estricto de la palabra. Como sabemos, para el burgués patriótico su patria está donde vive bien, o, para decirlo en lenguaje capitalista, donde puede explotar mejor a los demás y disfrutar de la vida. Para los “espartaquistas”, la patria estaba donde el socialismo necesitaba sus fuerzas, donde exigía sus vidas. Los nombres de Léo Jogiches y Eugene Leviné están inscritos de forma indeleble en la historia de la revolución de ambos países. Bajo el reinado del terror zarista, Léo Jogiches-Tichko infundió al proletariado de la Polonia rusa el espíritu de “Espartaco” y le dio una fuerza creativa. Junto con Rosa Luxemburg, es el fundador y líder del Partido Socialdemócrata Polaco, que ha mantenido inalterados los sagrados principios del internacionalismo. Durante la revolución de 1905 caminó con paso seguro, con una mirada chispeante, a la cabeza de los esclavos rebeldes. Después de su fuga de las cárceles del zar, se dedicó al trabajo y a la lucha revolucionaria en Alemania. Desde el momento en que estalló la guerra universal, fue el compañero de armas y el camarada de Rosa Luxemburg, llamando a los proletarios al gran juicio histórico contra el malvado capitalismo, destructor de vidas humanas. Es la mano organizadora de su brillante amiga, al tiempo que es su conciencia crítica. que no se calla ni un minuto; incluso, en ocasiones, fue pionero del movimiento, adelantándose a ella. Tiene el enorme mérito de que la literatura de agitación y propaganda, que arrojaba una luz tan brillante sobre las causas de la guerra imperialista universal, al tiempo que estigmatizaba la bancarrota de la socialdemocracia y preparaba a los explotados para la revolución, pudo, a pesar del estado de sitio, imprimirse y difundirse frente a los argumentos de los censores y los sabuesos de la policía. Incluso puede decirse que esta literatura, en su mayor parte, nunca habría visto la luz sin la incansable perseverancia e

iniciativa de Léo Jogiches. Su energía tuvo una importancia decisiva para la organización del grupo “Espartaco”, que trabajó para unir todas las fuerzas de los esclavos rebeldes. Superó victoriosamente los difíciles problemas de las semanas revolucionarias y la contrarrevolución mató en su persona al más idóneo ejecutor de las últimas voluntades políticas Rosa Luxemburg.

En 1905, Eugene Leviné participó, en Rusia, en la lucha revolucionaria y pagó este crimen con la cárcel. En Alemania, proviniendo de una familia rica, renunció a las ventajas de su nacimiento y a una preparación científica universal, renunció a sus prerrogativas como académico, y se convirtió en un trabajador. Con su mujer y sus hijos, este hombre, cuya alma era esencialmente sensible e impresionable, soportó toda la inmensa amargura de las privaciones de la clase proletaria. Eugene Leviné aceptó estas miserias con valentía, porque, según sus opiniones, quien quiera sacar al proletariado de los baches de la indigencia moral y material y conducirlo a las cumbres de la libertad, a la luz del sol, debe fundirse él mismo totalmente con el proletariado. Eugene Leviné se dio como tarea marchar a su cabeza, luchar por su causa y dirigirla. La traición de la socialdemocracia y de la burocracia sindical le empujó entre los militantes del grupo “Espartaco”. Estuvo presente allí donde la causa de la libertad necesitaba una mente clara, una voluntad fuerte, un trabajador concienzudo y un luchador. Eugene Leviné luchó junto a los combatientes de la revuelta de enero en Berlín; agrupó a los mineros de Westfalia, que exigían la socialización y el régimen soviético; en Múnich, marchó a la cabeza de los obreros que sostuvieron la bandera del comunismo y murió con esta exclamación de orgullosa confianza en la victoria: “¡Viva la revolución universal!

Los espartaquistas que sucumbieron en 1919, formaban una élite muy por encima del nivel habitual de la personalidad, que se había agrupado en torno a quien personifica el corazón, ardiente de fuego sagrado, de “Espartaco”, su mirada clara y penetrante, su voluntad acerada: Rosa Luxemburg. De hecho, Rosa Luxemburg encarna el alma misma de “Espartaco”, el inmortal líder de la gran revuelta de los gladiadores. Su vida es toda ella trabajo y lucha, un grito constante a los esclavos de nuestro tiempo: ¡Despertad! ¡Recordad que sois hombres! Demostradlo saliendo de vuestra guarida y elevándoos a la luz del sol. ¡Llegará vuestro día! Toda su vida es de esfuerzo y preocupación, de heroísmo y abnegación, de anhelo de que los propios oprimidos escriban con sus manos el estatuto de la libertad humana, de que se transformen de sumisos portadores de la cruz en luchadores conscientes, valientes y abnegados. La obra de Rosa Luxemburg es una larga serie de esfuerzos heroicos, dirigidos hacia un mismo objetivo. Sus virtudes personales brillan y se encienden, se calientan y se enfrían, generan la vida y traen la muerte, están animadas por una única voluntad, dirigida inquebrantablemente hacia un mismo objetivo: despertar en los trabajadores la voluntad de poder y darles la capacidad de llevar a cabo el veredicto de la historia contra el capitalismo.

Desde el día en que Rosa Luxemburg comenzó a vivir una vida consciente, se dedicó totalmente a los humildes y a los oprimidos. No era la caridad sentimental, que por encima de todo se admira a sí misma, aunque no había corazón más sensible, ni mano más generosa, siempre dispuesta a ayudar al prójimo, que el corazón y la mano de esta notable mujer; no, era el deseo de ennoblecer a los humildes y a los oprimidos, después de haber despertado en ellos el sentimiento y la voluntad de liberarse de las cadenas y de conquistar el mundo entero. Apenas mayor de edad, Rosa Luxemburg eligió su patria y su ámbito de actuación en Alemania. Porque, como su sentimiento científico le llevó a prever, en el punto de desarrollo en que se encontraba entonces la sociedad, debía tener lugar en Alemania el más cercano combate decisivo por la libertad del proletariado. Rosa Luxemburg quiere llevar a los esclavos, armados con una sana conciencia de clase, a la victoria. Comienza entonces esta larga lucha contra la “inconsciencia de las masas”, esta

lucha ardiente, incansable, contra la burguesía falsificadora del socialismo revolucionario internacional, que contamina todos los círculos de la social-democracia. Lucha, lucha con la palabra y con la prensa, en la teoría y en la práctica, en los congresos del partido y en las reuniones públicas, allí donde existe la posibilidad de que los esclavos cuenten sus fuerzas y aprendan a actuar.

La actividad de Rosa Luxemburg alcanza su punto culminante cuando, en el primer período de la guerra mundial, los esclavos contemporáneos, fieles a la socialdemocracia y engañados por fábulas sobre la defensa de la patria, abandonan el campo de la gran batalla por su emancipación y mueren al son de los himnos patrióticos en los campos de batalla de la guerra imperialista. Su actividad llegó a ese punto culminante cuando el desastre militar imperialista alemán planteó a los proletarios la tarea de transformar la media revolución gubernamental en una revolución absoluta de regeneración social. En estos graves momentos históricos, Rosa Luxemburg demostró su superioridad política y revolucionaria, sus cualidades de campeona del proletariado. Del caos sangriento de la guerra, extrajo para la clase obrera la convicción cierta de que la hora está próxima al colapso del mundo capitalista, mantenido por las cadenas de la esclavitud. Mostrando como ejemplo la vergonzosa bancarrota de la socialdemocracia y de la [Segunda Internacional](#)⁶, mostró al proletariado la necesidad de observar la ley superior de la lucha de clases proletaria, de la solidaridad internacional de todos los explotados, la necesidad de atacar al capitalismo, agrupándose en [una internacional de acción conjunta](#)⁷. A esta conciencia clara le siguió, como siempre, una acción enérgica, sistemática y apasionada en Rosa Luxemburg.

“Espartaco” comienza a agrupar y cimentar a los sojuzgados.

A partir de aquí, aparece con fuerza y claridad la idea directriz que reina absolutamente sobre la vida y la actividad de Rosa Luxemburg: la idea de no limitarse a organizar las cumbres de la clase obrera, sino de agrupar en una poderosa unidad de lucha a todos los explotados, a todos los esclavizados, a todos los desheredados y oprimidos del régimen burgués; la idea de reunir, como se dice en el Evangelio, no sólo a los reclutas de las ricas organizaciones, sino a todos los lisiados, a los tullidos y a los débiles de la vida social, que arrastran penosamente una existencia miserable, la lucha revolucionaria de todos los hará fuertes y robustos. No son sólo los estrechos cuadros del partido los que deben agrupar a todos los que tienen figura humana y pueden luchar, que están obligados a luchar, sino algo más sólido, más duradero, más indisoluble: la comunidad de ideas, la comunidad de voluntad, dirigida hacia un objetivo elevado: la transformación del mundo, para que sea patrimonio de todos, la patria universal de la orgullosa humanidad libre, el dominio del trabajo creador, la fuente de nobles goces.

Aspirar a esta meta no significa despreciar la organización, ni negar su necesidad y la importancia de su tarea. Al contrario. Según Rosa Luxemburg, un partido sólidamente agrupado debe ser la columna vertebral de la organización y yo soy el cerebro de la gigantesca acción de las masas actuantes.

Pero en este partido, la forma no debe matar el espíritu, la idea, no el partido, debe ser el motor principal. El espíritu, la idea, debe agrupar, incluso fuera del partido, a las masas de obreros, trabajadores manuales e intelectuales, en falanges de combate, que la sociedad capitalista no podrá resistir.

Rosa Luxemburg cayó en un momento en el que los esclavos empezaban a congregarse bajo los pliegues de la “Bandera Roja” de “Espartaco”. Pero ella había

⁶ Serie de nuestro sello hermano EIS con abundantes materiales: [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\)](#) e [Internacional de Mujeres Socialistas](#).

⁷ Serie de nuestro sello hermano EIS con abundantes materiales: [Tercera Internacional. Internacional Comunista](#).

entregado su vida a la causa de la lucha proletaria mucho antes de morir. La había ofrecido diariamente, cada hora, hasta el último asomo de sus fuerzas. Sabemos que en cualquier momento estaba dispuesta a dar su vida modesta y alegremente por la causa del socialismo. Podemos estar plenamente convencidos de que cayó gravemente, como cayeron los héroes de la antigüedad. Murió con la creencia inquebrantable de un mártir cristiano, deseando la victoria del socialismo en su último pensamiento, bendiciendo con un último aliento de sentimiento la felicidad que había tenido al servirlo y ver su llegada a través de la tormenta revolucionaria.

La lucha política emancipadora de la burguesía alemana no conoce militantes que puedan ser puestos entre nuestros grandes muertos de 1919. Nos inclinamos con reverencia ante Robert Blum, Trutcher y tantos otros, que dieron su vida o sacrificaron su libertad en la lucha contra las fuerzas del feudalismo. Eran hombres valientes, imbuidos de un ideal muy elevado, animados por un entusiasmo puro. Pero, de todos modos, la burguesía alemana no produjo, en los años 1848 y 1849, ni grupos enteros de luchadores revolucionarios ni héroes aislados de gran talla. Sus más grandes mentes lucharon en el campo de la literatura y la filosofía, no en el campo brutal de la actividad política. La tragedia de su destino fue que su arte y su filosofía cubrieron con una capa de oro el régimen de esclavitud que habían aborrecido y (al menos en su pensamiento) querían destruir, al tiempo que lo servían lo mejor posible en las tareas más o menos importantes que desempeñaban. El talentoso y delicado poeta, el campeón del pensamiento libre, Lessing, después de muchos años de una existencia medio familiar, murió como bibliotecario del príncipe Brunswick Wolfenbuttel. Richard Wagner, que comprendió claramente la conexión entre el arte y la revolución, que soñó con dotar a la humanidad de un arte popular y que luchó en 1848 en las filas revolucionarias, fue salvado por la bondad del monarca medio loco que lo sacó de las garras de la necesidad. El reino clásico de la libertad del proletariado, la revolución social, se construye sobre el horrible suelo de la política. Representa un régimen mundial que al mismo tiempo sintetiza la libertad universal. Por eso, el papel más importante en la lucha por la libertad lo desempeña la concepción del mundo que es la única que puede dar a la lucha grandeza espiritual y moral, fuerza y capacidad de dar a luz a grandes hombres.

Estamos obligados a remontarnos en la historia de Alemania, a la época de la Reforma, al levantamiento campesino⁸, para encontrar acontecimientos comparables a la guerra social revolucionaria de nuestro tiempo, y hombres similares a los que dirigen esa lucha, llevando su carga sobre sus hombros. Pocos, es cierto, alcanzan el mismo nivel moral; y los reformistas socialdemócratas mayoritarios de hoy seguirían encontrando los descabros históricos de los “moderados”, los “revolucionarios en zapatillas” de entonces, contra los que los representantes de “la tormenta y la violencia” lanzaban la ira de su furia, demasiado pesada para sus estrechos hombros.

Es cierto que Martín Lutero, después de su audaz intento de revolucionar la sociedad, se contentó con el papel incomparablemente más modesto de reformador de la iglesia. Pero comparado con Lutero, el hijo de un campesino, lleno de fuerzas naturales intactas, que se convirtió en poeta y tribuno, la antorcha espiritual de nuestro socialismo gubernamental, el Dr. David, nos parecerá un pequeño maestro escolástico polvoriento. Toda la gran sabiduría de los socialistas ministeriales en su conjunto sólo recuerda un rasgo de la “política realista” del “querido hombre de Dios” del líder de los campesinos destructores de castillos, que se convirtió en amigo de los príncipes, de los “seculares” o simplemente de los que se embolsaban los bienes de la iglesia. Es la sabiduría burguesa de buen padre la que hizo que Philip Scheidemann se propusiera retirarse a su tranquilo

⁸ Ver en las *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels* de nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov: Federico Engels, *La guerra de los campesinos en Alemania*.

retiro político en *Oberburgmeisler*, en Kassel, como en su momento lo hizo Lutero, que terminó sus días en un “bienestar moderado”, poseyendo dos monasterios, una finca secular y una pequeña propiedad.

Ahora como entonces, volvemos a encontrarnos personalidades de la mayor envergadura allí donde la lucha tiene como objetivo expulsar a la propiedad de las posiciones que ocupa y devolver al hombre sus derechos; donde con seriedad, con piedad, con un audaz desprecio por la muerte, se lucha por el comunismo, por la instauración en la tierra del reino de Dios, de la igualdad universal, de la libertad y de la fraternidad, en el pleno sentido de la palabra; donde los hombres luchan por la transformación de la moral del más allá del cristianismo en política de aquí abajo, en realidad terrenal, en derecho social.

Sobre el suelo de esta guerra social, sacudido como el cráter de un volcán, se nos aparece la figura de Tomas Münzer, “Espartaco” de su tiempo. Impulsado por un profundo sentimiento, sacrificó todo lo que suele constituir el sentido y el contenido de la vida humana, para adquirir, a cambio, una sola perla preciosa: la renuncia a toda personalidad, la consagración, en cuerpo y alma, al objetivo perseguido. Luchando sin miedo al espíritu ni a la espada, quiso llevar a los campesinos rebeldes y a los proletarios de los oficios a la visión comunista de Dios; con ellos soportó las privaciones, mientras sufrían, mientras luchaban; con ellos murió, grande en la muerte, gigante en su visión, en su fe, digno de la inmortalidad. Podemos poner a los desaparecidos líderes espartaquistas al mismo nivel que Tomas Münzer, y esta comparación no los disminuirá de ninguna manera. Rosa Luxemburg es una personalidad de gran talla, igual de grande. Se reconocerá, tan pronto como un tribunal, no político, sino imparcial e histórico, haya dictado sentencia sobre la personalidad, la vida y la actividad de Rosa Luxemburg.

Los combates revolucionarios de 1919 y sus sangrientas pérdidas pueden hacer llorar a aquellos que deben verlos como una amenaza y un ataque a su poderosa situación, los llorones políticos de ambos sexos, que odian la lucha como la voz de su conciencia impura, porque les recuerda su propia inactividad, cobardía y egoísmo. Nadie se atreverá a acusarnos de indiferencia hacia los sacrificios realizados, porque sentimos dolorosa y diariamente su inmensidad. Estos combates nos han infligido heridas que nunca cerrarán por muchos años que vivamos; nos han causado pérdidas que nadie compensará jamás. Pero no es menos cierto que de nuestro pecho sale esta vibrante exclamación: “¡A pesar de todo!”⁹ Sí, a pesar de todo, “Espartaco” seguirá siendo fiel a la lucha y a las víctimas. Los combates revolucionarios del “año rojo” no fueron inútiles, las pérdidas más graves no fueron en vano. Quince mil cadáveres de orgullosos combatientes de la revolución y un número innumerable de personas encerradas en las cárceles son la prueba de que en el seno del proletariado alemán ha comenzado la concentración de las masas y que éstas marchan conscientemente, con feroz determinación, al asalto de la sociedad burguesa. La lucha se desarrolla. Nuevas y más densas legiones se agrupan bajo consignas cada vez más claras, obedeciendo a una táctica cada vez más adecuada.

La vanguardia del proletariado alemán sale de la lucha del año pasado templada a fuego y embebida de confianza en la victoria. Nuestros lamentos fúnebres sobre los combatientes arrancados de nuestro seno son nuestros juramentos de combate; en señal de duelo, nos preparamos para la lucha, sin perder ni un ápice de nuestro valor y sin dejarnos abatir por el destino.

Una leyenda histórica cuenta que, en la batalla de las naciones de los Campos Cataláunicos, los adversarios lucharon tan ferozmente que las almas de los guerreros continuaron, tras su muerte, luchando en el aire. Nuestros compañeros de armas

⁹ *¡A pesar de todo! (Trotz alledem!)*, en las *Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano* de nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov.

desaparecidos no continúan la lucha en el aire, sino con nosotros, en nuestro seno, no pueden morir; lo que nos han ofrecido por su naturaleza y actividad no puede perecer. Todo esto ha entrado en la carne y la sangre de la innumerable multitud de proletarios y se ha transformado en ellos en conciencia, en voluntad, en acción. Miles de Liebknecht, de Rosa Luxemburg, de Jogiches, de Mehring y de Leviné, han surgido ahora en el seno del proletariado de Alemania, en todo el mundo; en las filas de los trabajadores, hay ahora millares de nuevos combatientes que igualan a estos grandes muertos en grandeza y en pureza de convicciones, en eslogan y en fidelidad al deber, en audacia y en abnegación. Por eso no los lloraremos, sino que lucharemos. “Suenan de nuevo el zafarrancho de combate, la lucha va a empezar de nuevo.”

La organización económica capitalista, la sociedad burguesa de Alemania, están maduras para su desaparición desde hace mucho tiempo. Tenemos ante nosotros los síntomas evidentes de la descomposición del capitalismo alemán. La falta de materiales y suministros, la reducción de la producción, el colapso de la industria, la depreciación del dinero, la huida de todos los valores al extranjero, el desempleo, los precios especulativos de los productos de primera necesidad, en una palabra, la miseria de millones de personas, todo esto equivale a la sentencia de muerte de la organización económica de la sociedad burguesa. Lo que también demuestra que su política está condenada a muerte es el estado de sitio, la defensa de la milicia militar voluntaria, el renacimiento del viejo militarismo, el culto a los Hindenburg y las intrigas de la camarilla de oficiales monárquicos, la cháchara parlamentaria sobre la socialización, la comedia de la búsqueda de los responsables de la guerra universal, los fraudes con los préstamos de las cajas de ahorro, la considerable emisión de papel moneda, la entrega de los trabajadores al imperialismo de los cárteles como chivos expiatorios y objetos de explotación, la política de mano dura hacia la Rusia soviética, etc... El desplome de la moral burguesa clama al cielo, apareciendo en las maquinaciones de los empresarios, de los corredores de bolsa y de los especuladores bursátiles, en los engaños para evitar el pago de impuestos sobre los beneficios de la guerra, en el escándalo Skarech-Parvus, en el juicio Marloh, en las orgías que los ricos, los acomodados, organizan a costa de los pobres hambrientos. La Alemania burguesa se acerca irresistiblemente a este estado, en el que la sociedad, según Karl Marx, perece porque ya no es capaz de proporcionar a sus esclavos una existencia ni siquiera de hambre. En sus clases dominantes reina el mismo espíritu que se vivió en Francia bajo el antiguo régimen, en pleno periodo de decadencia: “Tras nosotros, el diluvio...”

Los mismos síntomas de la desintegración del régimen capitalista se observan en los países victoriosos de la Entente. Cada vez se ve más claramente su impotencia para resolver, como se había prometido a los pueblos, las dificultades nacionales, mediante el derecho a la autodeterminación que proclamaron, derecho que ahora está bajo el talón de la Entente; en esto, el famoso producto de la sabiduría wilsoniana, la “Sociedad de Naciones”, no les servirá de nada, pues no es más que una alianza defensiva y ofensiva del capitalismo mundial para la explotación a escala universal y en defensa contra el socialismo. Cada vez es más evidente que el capitalismo de los países de la Entente no está en condiciones de descartar las contradicciones sociales, ni de enfrentarlas. A pesar de la victoria y de las enormes sumas de dinero asignadas a la “restauración” de todo lo destruido por la barbarie guerrera, aparece claramente cómo la guerra mundial ha sacudido todo el sistema económico hasta sus cimientos, ha creado dificultades financieras insuperables, ha enriquecido a unos pocos proveedores y ha arruinado a la gran mayoría de la población. El cráter de las contradicciones de clase debe vomitar de un momento a otro el torrente incandescente de la revolución, por más que hoy los saciados, ebrios de victoria, bailen sobre la fina corteza del suelo cubierta de flores, sin

prestar atención a los esclavos que agrupa “Spartacus” por la reivindicación de su libertad. El crepúsculo de los dioses de la sociedad burguesa cae sobre todo el universo, ineludiblemente.

Pero en Alemania no tendremos que esperar en dolorosa tensión, como ocurrió en las revoluciones del siglo pasado, a que el grito del gallo galo anuncie el primer atisbo del amanecer de la libertad. Volvamos nuestra mirada hacia oriente. Allí, la aurora de la libertad ya se ha alzado. Allí, desde hace dos años, la Rusia socialista y soviética, con un heroísmo y una abnegación sin ejemplo, lucha contra dificultades y peligros que la historia, hasta entonces, no había conocido; contra la contrarrevolución desde dentro y contra todas las fuerzas del capitalismo universal de fuera. La Rusia socialista y soviética será para nosotros un símbolo, una esperanza y una garantía de la llegada de los nuevos tiempos, surgidos del caos de la caída de la sociedad burguesa. El proletariado combatiente de la Alemania revolucionaria debe construir un puente, a través del cual el fuego purificador de la revolución, destructor del capitalismo, se extienda de oriente a occidente: estemos prestos, preparémoslo todo. Tensemos cada músculo en el trabajo y la lucha, ¡para que la obra devenga espíritu y el espíritu obre! ¡Espartaco, alza tu bandera más alto! ¡Esclavos, adelante! ¡Todo por la revolución! ¡Todos por la revolución!

Alejandría Proletaria



Consulta nuestro catálogo de series:

- Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)
 - Alejandra Kollontai, escritos
 - Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti
 - Armand, Inessa
 - Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España
 - Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)
 - Bleibtreu, Marcel
 - Broué, Pierre. Bibliografía en red
 - Clara Zetkin, escritos
 - Comunas de París y Lyon
 - Ediciones Espartaco Internacional
 - Frenicia, Cintia y Daniel Gaido
 - Heijenoort, J. Van
 - James Connolly
 - Just, Stéphane. Bibliografía en red (en francés)
 - Louise Kautsky
 - Mary-Alice Waters
 - Mehring, Franz
 - Murphy, Kevin
 - Obras completas de G. Munis
 - Obras escogidas de G. V. Plejánov
 - Obras escogidas de Karl Kautsky
 - Obras y escritos de Stéphane Just
 - Obras, textos y artículos de Agustín Guillamón
 - Parvus (Alejandro Helphand)
 - Paul Levi, textos
 - Rakovsky, Khristian (Rako)
 - Riazánov, David. Textos y materiales diversos
 - Rühle, Otto
 - Textos de apoyo
- Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75

Consulta también las series de nuestro sello hermano

Edicions Internacionals Sedov

Edicions internacionals Sedov

